



Bajo la arena, un antídoto contra el olvido

(Under Sandet, Martin Zandvliet, 2015)

Finalizada la Segunda Guerra Mundial, el sargento danés Carl Rafmussen (Roland Møller) manda un pequeño grupo de once jóvenes, casi niños, prisioneros alemanes obligados a desactivar las minas plantadas en una playa de la costa occidental de Dinamarca por las tropas nazis. Era una forma de venganza aleccionadora y una táctica planeada para convertir en víctimas a los verdugos, en tiempos donde la guerra mutiló también el sentido común. Basada en una historia real que afectó, solo en territorio danés, a más de dos mil prisioneros. La tan mitificada victoria de las tropas aliadas que nos liberó del nazismo supuso el fin de la guerra, pero no el final de sus horrores, ni de secuelas, en forma de trampas mortales que quedaron ocultas. En *Bajo la arena*, el maltrato y la humillación infligida sobre los jóvenes alemanes por el despótico oficial victorioso sirve de punto de partida para la recreación de la historia, una de las miles que podrían contarse sobre la crueldad de las minas anti-personas. La película de Martin Zandvliet relata los hechos con suspense y fuerza dramática, sin recreaciones morbosas más allá de algunas imágenes tan crudas como necesarias, componiendo una historia difícil de olvidar, que se une a la larga lista de películas antibelicistas que mueven a la reflexión y, por ello, la etiquetamos, como rechazo a los hechos que se cuentan y a la filosofía en que se sustentan, dentro de nuestro epígrafe: Cine por la Paz.

Tendemos a dar por supuestos y consabidos todos los horrores de las guerras, tantas veces tratados por el cine. Hay algo pre-establecido en ese rechazo cinematográfico-antibelicista, que se construye por ideas ya muchas veces manidas y universalizadas hasta lo arquetípico, por lo que, a priori, ya no

esperamos muchas novedades ante un film que nos anuncia la recreación de hechos históricos, un episodio de la inmediata posguerra, situada en la Dinamarca recién liberada de los nazis en 1945. En este caso, el film se centra en un tema ya poco novedoso aunque lamentablemente no haya perdido

actualidad, desde que en los años noventa surgieran diferentes movimientos internacionales contra el uso de las minas en los conflictos bélicos, dadas las trágicas consecuencias, especialmente sobre la población civil.



El enemigo oculto

Si conocemos, y hemos presenciado con detalle, los efectos y el problema de las minas antipersonas es, entre otras cosas, por las numerosas veces que han sido recreadas por el cine (me vienen a la memoria *El paciente inglés*, Minguela, 1996; *Las tortugas también vuelan*, Bahman Ghobadi, 2004; o más recientemente, demostrando que el tema desdichadamente no pierde actualidad, *The Successor*, Mattia Epifani, 2015; *Landmine Goes Click*, Levan Bakhia, 2015; o la colombiana *Pasos de héroe*, de Henry Rincón, 2016). También es un hecho conocido, y generalizado, la utilización de prisioneros de guerra en la desactivación de las minas colocadas en

los pueblos ocupados, aunque pueda resultar incómodo este reconocimiento, de que los horrores de la guerra nunca se sitúan sólo en alguno de los bandos...

Sin embargo, el hecho de ser a priori la recreación de una historia predecible, aunque no tan conocida, *Bajo la arena* mantiene su capacidad para conmovernos, poniéndonos delante de la mirada aquello que es ingrato de ver (niños obligados a poner en riesgo sus vidas para desactivar las trampas mortales colocadas por sus propias tropas), como si este ejercicio de mortificación tuviese algo de necesario. La necesidad de mantener presente, y renovar, nuestros sentimientos de rechazo ante todas las formas de violencia.

Muchas veces el cine ha sido criticado por la recreación de la violencia como espectáculo, pero ciertamente en casos como éste, y ante la crudeza de las imágenes de las mutilaciones que provocan las bombas, cualquier imagen explícita habla por sí sola, sin necesidad de caer en la reiteración, pero en el extremo contrario, sin el ejercicio hipócrita de evitar las imágenes “*para no herir la sensibilidad del espectador*”. Precisamente, creo, se trata de esto: de hacer una muesca perdurable en la sensibilidad del espectador.



Existe un cine muy poco agradable de ver, incluso perturbador, y sin embargo es un cine necesario, porque nos pone en contacto con una realidad histórica

inédita (o no tanto) para las jóvenes generaciones, con un pasado (y un presente, no lo olvidemos) que quisiéramos poder borrar de la memoria pero que sin embargo es imprescindible conocer, aunque solo sea para mantener alerta nuestra conciencia en los tiempos que vivimos. Tal vez conviene recordar que, pese a ser maquiavélica y masivamente utilizadas por los nazis, pocas pueden considerarse inocentes ante los daños del armamento militar sobre poblaciones civiles inocentes; después de ser el primer fabricante mundial de Minas (en sus variantes, antitanques, antipersona) la administración de Obama al fin se comprometió en el año 2014 a dejar de utilizar las minas anti-persona, pues en su momento el principal fabricante mundial de armamento (y minas anti-persona) fue una de las grandes potencias que no suscribió el Tratado de Ottawa (firmado por 156 países en el año 1997); pero con la llegada de Donald Trump, la noticia del incremento del gasto militar y la reflexión “nostálgica” del presidente norteamericano de que *su país ya no gana guerras*, debieran, en fin, encenderse todas las alarmas. Recordemos que aunque más de ciento cincuenta países se han adherido al tratado, entre ellas España, todavía quedan quince de los más importantes países fabricantes de armamento que no lo han suscrito y por tanto, por millones, se siguen fabricando minas antipersonas que amenazan el futuro de miles de personas inocentes.



Periódicamente, cada vez que los cineastas ponen su mirada en los grandes magnicidios, nos recuerdan aquella frase común, tan repetida por los historiadores, *los pueblos que no conocen su historia están condenados a repetir sus errores*. En su afán por sacar a la luz historias del pasado, las películas se desmarcan de lo liviano y a veces nos incomodan con episodios bélicos basados en la vida real, sobre los que quisiéramos pasar página, pero la dimensión de horror nos obliga a no hacerlo, a conservar una conciencia reactiva y de rechazo, aunque solo sea un un grano de arena en la enorme montaña de atrocidades que nunca más querríamos ver ante nuestras miradas.

No es un cine nacido para el espectáculo ni el entendimiento, sino tal vez para alertar la conciencia colectiva: no debiéramos mirar hacia otro lado, pensemos que hacer presente este rechazo pasa por recrear, para comprender en su atrocidad la magnitud de los hechos; incluso por simple instinto de supervivencia, este ejercicio de afrontar la realidad es necesario para afianzarlos en la conciencia social, para que hechos así nunca más vuelvan a producirse. De esta perspectiva, hablamos también de un cine antibelicista, un cine por la paz.



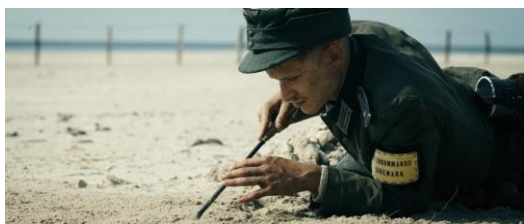
Bajo la arena habla de una de las muchas secuelas de la II Guerra Mundial (y de Camboya, Angola, Afganistán, Bosnia-Herzegovina, El Salvador, Colombia, Nicaragua, Sudán, Mozambique, Somalia, Irak...), los millones de minas antipersonas que quedados enterradas sin estallar,

incluso una vez finalizados los conflictos.



El suspense de una bomba a punto de estallar

Definía Alfred Hitchcock el suspense, ése recurso que le hizo célebre, como un juego narrativo que nace de la complicidad entre el público y, en el ejemplo, una bomba colocada debajo de un sofá. Algo que inexorablemente, lo coloques donde lo coloques, funcionará, no importan las veces que lo reiteres.



Ese instante interminable de la desactivación de una bomba, un presagio de muerte que planea sobre la escena, sirve desde el punto de vista narrativo para plantear el film de Martin Zandvliet, que comienza con momentos de máxima tensión, a partir de las escenas de los jóvenes prisioneros de guerra están siendo instruidos, poniendo en juego sus vidas, para desactivar minas antitanque.

Un recurso, este del suspense de la desactivación de las minas, que se reitera a lo largo de la película, en la que desde un principio se presagia este rosario de momentos en los que la vida de alguien puede saltar por los aires. No es un recurso gratuito, o un artificio de género, sino el verdadero tema del film

que de forma bastante simbólica, casi anónima, o grupal, trata la figura de los soldados alemanes, todos ellos brillante interpretados por jovencísimos actores que aportan el tono humano justo, inocente o avergonzado, valiente o cobarde, desesperado, permanentemente humillados, sometidos a una tensión inaceptable desde cualquier punto de vista respecto a los derechos humanos de los prisioneros.

Quizás pueda achacarse a la película una estructura zinzagueante, estructurada como una articulación de giros con efecto de sorpresa. El número de chicos que forman el grupo va menguando, por efectos de las bombas, sin que se llegue a profundizar mucho en ninguna de sus historias personales, lo cual no importa demasiado pues prevalece el efecto de grupo, la propia despersonalización y la presión inhumana a la que son sometidos los prisioneros. No obstante, unos pocos rasgos sirven para trazar un retrato colectivo: dos hermanos gemelos, unos chicos más vulnerables que son carne de cañón, otros que sirven para afianzar al grupo, un discordante inadaptado que sueña con escapar, un líder que estrecha lazos estratégicamente con el sargento...

Es el propio sargento Rasmussen el que se constituye en eje central sobre el que pivotan los demás, ofreciendo un arco de transformación amplio y también zinzagueante, con giros bruscos de carácter y un recorrido que pasa por diversas fases: la disciplinaria, del sargento de hierro que disfruta humillando a los prisioneros y gana respeto atemorizándolos, demostrándoles que le importan mucho menos que su perro, ofreciendo un muestrario de la extraordinaria capacidad del ser humano para vejar y denigrar a sus semejantes...



El personaje está llevado al límite (leo que un crítico lo ha comparado, creo que inadecuadamente, con un personaje excéntrico de los Monty Python¹, comparación jocosa que me hace pensar en el “frikismo” en el que a veces raya la crítica cinematográfica, se diría que incapaz de salir del círculo vicioso de los referentes cinematográficos, interpretando el cine a través del cine, quizás porque escriben desde un sillón o tomando un whisky, nunca han vivido una guerra nada más que en el rodaje ficticio reflejado en una pantalla, ni sufrido en sus carnes otras calamidades humanas que las fílmicas, como si un estúpido cruel y sin escrúpulos sólo pudiera ser una invención humorística, cuando tristemente el muestrario de los nazis y los antinazis, según nos cuenta simplemente la Historia, da para sustentar la afirmación de que la realidad, ante la indecencia humana, siempre supera a la ficción). En fin, cada cual maneja sus propias frivolidades como quiere.



El sargento Rasmussen es el personaje con carácter de protagonista del film, tiene su arco de transformación “de

manual”, de un calado humanitario que en su elaboración va de extremo a extremo, en una metamorfosis algo sintética, poniendo en escena el consabido síndrome de Estocolmo, y a la inversa.

El sargento va transformando su personalidad a lo largo de la historia, partiendo del maligno sin escrúpulos, ablandándose por el despertar de los sentimientos humanitarios hacia los niños que maltrata, o hacia sí mismo, no se sabe, tampoco se sabe si por compasión, por vergüenza o por conveniencia del guionista. Pero lo cierto es que existe un punto de inflexión, un giro más, cuando en pleno éxtasis de confraternización con los soldados prisioneros, a los que organiza un partido de fútbol, carreras por la playa y festejos varios para un día de asueto, su querida mascota, su perro, al que trata más humanamente que a los propios seres humanos, es víctima de una de las minas. Increíblemente, hasta los propios prisioneros que tocaron el fondo de la vejación, quedan conmovidos por la muerte del animal, tal vez en connivencia con ese público amante de los animales que pasa indiferente ante los mendigos tirados por el suelo, ante las noticias de los refugiados, de las epidemias y el hambre de los niños del tercer mundo, etc.



En sus giros, serpenteando el guion, la película va avanzando en progresión, no sólo porque va mermando y se va deteriorando hasta el extremo la

¹ El País, 10-03-2017

condición física de los prisioneros, sino porque la evolución del sargento Rasmussen precisa de elementos de relevo, para crear una estructura superior que tiene a todos como rehenes de su propio destino. La tragedia por goteo, dosificada a lo largo del film, precisa también para el desenlace una golpe de efecto superior, una explosión de gran calado que se lleva por delante a casi todos, dejando reducido el elenco a los imprescindibles para un final emotivo, alentador, como si el cineasta se hubiese sentido obligado a transigir con la realidad para amortiguar el duro golpe que la película representa para las conciencias. El mensaje esperanzador que, finalmente, vende la película es que en las guerras pierden todos, vencedores y vencidos; y que, aun en los peores escenarios de deshumanización y vejación de la dignidad humana, los sentimientos humanitarios afloran y nos permiten alimentar la esperanza, aunque esta quede reducida a un slogan publicitario, una campaña de marketing o el inconfesable deseo de no dejar al sufrido público hecho polvo y destrozado al abandonar la sala.



Bajo la arena (Under sandet)
(Land of Mine). Año: 2015

Duración: 100 min.

Director: Martin Zandvliet

Guion: Martin Zandvliet

Música: Sune Martin

Fotografía: Camilla Hjelm

Reparto:

Roland Møller, Louis Hofmann,
Mikkel Boe Følsgaard, Laura Bro,
Joel Basman, Oskar Bökermann,
Emil Buschow, Oskar Buschow,
Leon Seidel, Karl Alexander Seidel,
Maximilian Beck, August Carter

Productora

Amusement Park Films / Nordisk
Film

[https://www.facebook.com/unders
andet/](https://www.facebook.com/undersandet/)

www.elpuenterojo.es